

Grażyna Grudzińska

Del novohispanismo a la mexicanidad: reflexiones sobre la Ilustración americana

Itinerarios. Revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y
antropológicos nr 16, 65-79

2012

Artykuł został opracowany do udostępnienia w internecie przez Muzeum Historii Polski w ramach prac podejmowanych na rzecz zapewnienia otwartego, powszechnego i trwałego dostępu do polskiego dorobku naukowego i kulturalnego. Artykuł jest umieszczony w kolekcji cyfrowej bazhum.muzhp.pl, gromadzącej zawartość polskich czasopism humanistycznych i społecznych.

Tekst jest udostępniony do wykorzystania w ramach
dozwolonego użytku.

Grażyna Grudzińska

DEL NOVOHISPANISMO A LA MEXICANIDAD. REFLEXIONES SOBRE LA ILUSTRACIÓN AMERICANA

Resumen: El artículo intenta destacar los hitos más notables en la historiografía literaria americana, de la transición de un patriotismo criollo a un incipiente nacionalismo literario, que en el caso de la Nueva España, cobrará forma después de la edición de las obras de J. Fernández de Lizardi. ¿Regionalismo cultural? ¿Prenacionalismo? Son conceptos que nos obligan a repensar los orígenes nacionales de las literaturas de los países, que con el tiempo han venido a conformar lo que conocemos ahora como América Latina.

Palabras clave: siglos XVII-XVIII, Nueva España, Ilustración americana, novohispanismo, regionalismo cultural, prenacionalismo

Title: From Creole Patriotism to Mexican Identity. Reflections on Latin-American Enlightenment

Abstract: The primary goal of the article is to indicate milestones in Latin-American historiography in a transition from Creole patriotism to the incipient literary nationalism which, in case of New Spain, will materialize after publication of works of J. Fernández de Lizardi. Cultural regionalism? Pre-nationalism? These concepts force us to rethink the national origins of literature of the countries which will constitute contemporary Latin-America.

Key words: 17th and 18th century, New Spain, Latin-American Enlightenment, *novohispanismo*, cultural regionalism, pre-nationalism

Mucho se ha escrito sobre el papel que jugó la literatura en la conformación político-regional de los países de América Latina. A la luz de diversos trabajos, tanto propios (Grudzińska 1994) como los de Doris Sommer (2004) y, más recientemente, de Benedict Anderson (2007) sobre las naciones imaginadas, es indudable que todo el proceso de construcción nacional fue parejo con la creación de una literatura que, en cierto sentido, plasmó el sentimiento “patriótico” y “nacional”, así como los rasgos distintivos de los países hispanoamericanos.

¿Cuáles son los hitos más importantes en la historiografía americana? Para responder a esta pregunta me he propuesto en este texto analizar la obra literaria (en el sentido amplio de la palabra) de ciertos autores e intelectuales, poniendo el énfasis en el caso

mexicano, en donde la literatura de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX se constituyen en el principio del desarrollo literario, en este caso, del México independiente.

En la Nueva España de finales del siglo XVII, se puede observar el inicio de un auge cultural de forja de identidad, tanto en la esfera ideológica como en lo tocante a la vida cotidiana. Es en ese periodo cuando en dicho virreinato, así como en el resto de las colonias hispanas, en la palabra escrita se advierten ciertos cambios históricos, tanto en sus formas como en sus contenidos. Este periodo se caracteriza por la plena influencia del barroco español, tratando de mantener su carácter literario y, a pesar de los nuevos problemas relacionados con la ciencia y la historia, conservar en buena medida su pertinencia.

El representante de la palabra escrita en este periodo de transición es el nacido en la Nueva España, Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700). Considerado como uno de los más célebres intelectuales del barroco hispanoamericano es, a la vez, un precursor del racionalismo, en tanto que sus convicciones tienen varios puntos en común con el posterior siglo de la Ilustración. Su amplio campo de intereses intelectuales demostró que tenía un conocimiento muy amplio en ramas tales como las matemáticas, la física, la astronomía, la filosofía, la geografía, la historia y la etnografía. En 1672 obtuvo la cátedra de matemáticas y astronomía en la Real y Pontificia Universidad de México, siendo el cronista real de la corte del Virrey Conde de Galve. Fue también miembro de la expedición científica que investigó el Golfo de México. Alcanzando un prestigio internacional, fue nombrado geógrafo real por el rey Carlos II.

Sigüenza y Góngora fue muy activo tratando de estar al corriente del desarrollo de la ciencia en Europa y popularizando los nuevos descubrimientos científicos. Valerosamente, se opuso a los modos de pensar pseudo-científicos y a los prejuicios medievales, aún populares entre renombrados pensadores de aquella época. Sigüenza y Góngora fue, en definitiva, uno de los más fructíferos escritores de esos años. En vida se publicaron sólo 12 de sus obras, aunque dejó numerosos manuscritos que conforman 28 tomos de trabajos sobre diferentes ramas de las ciencias exactas y humanísticas. A pesar de haber triunfado en numerosos concursos poéticos, la poesía no fue el punto fuerte de su obra. Ésta fue escrita según los modelos del culteranismo¹ de moda en aquella época y, aunque poseía y dominaba las técnicas propias del poeta, su verdadera vocación fueron la prosa narrativa, los temas históricos y el ensayo.

Para el lector contemporáneo quizás lo más interesante sean las crónicas sobre la vida cotidiana en la corte del Conde de Galve (1688-1696). No obstante, resaltamos aquí *Los infortunios de Alonso Ramírez* (1690). Sigüenza y Góngora realizó una narración ligera y concisa con evidentes elementos novelísticos. Esta novela está considerada por la crítica literaria (entre otros, por Lucrecio Pérez Blanco, Enrique Anderson Imbert, Orlando Gomez-Gil) el modelo inicial de la novelística mexicana e hispanoamericana. Indudablemente, este texto tiene algo en común con la novela picaresca española, sobre todo porque la narración está escrita en primera persona como una relación autobiográfica de Alonso Ramírez, puertorriqueño de San Juan, que abandona su familia en búsqueda de una vida mejor y de riquezas. Se considera que el personaje principal realmente exis-

¹ Cabe señalar que Sigüenza y Góngora era sobrino del célebre poeta español Luis de Góngora y Argote (1561-1627), representante del citado culteranismo, también llamado gongorismo.

tió, y que Sigüenza y Góngora conociendo su interesante historia, sus venturas y desventuras, decidió escribirla. Fuera del estilo picaresco, tiene muchos elementos de la novela de aventuras, de las de acción, incluso de reportaje. Alonso Ramírez abandona la casa familiar, pasa por muchas calamidades, llega incluso a las Filipinas, más tarde cae en manos de piratas ingleses y, después de infinidad de avatares, travesías marítimas, cruza el Atlántico y en calidad de náufrago llega a la Nueva España, esta vez a Yucatán.

Sigüenza y Góngora aborda en la novela otros temas que preocupaban a la sociedad de aquel entonces, como era el problema de la piratería. Los piratas ingleses, holandeses y franceses, ante la decadente potencia marítima española, atacaban los antiguos dominios hispanos. No sólo asaltaban los barcos y las islas del Caribe, sino que también construyeron asentamientos y escondrijos en la Península de Yucatán.

Lucrecio Pérez Blanco llama la atención sobre lo que, en su opinión, constituye la existencia de signos de “americanismos” en la obra de Sigüenza y Góngora (Pérez Blanco 1982). Éstos surgen de tres líneas principales, las mismas que están afirmadas por el personaje principal: a) “mestizaje”, o sea, la vida común de españoles e indios, b) el idioma español como medio de comunicación, c) el catolicismo como lazo de unión religiosa. Pérez Blanco subraya también que el objetivo del autor fue, sin duda, enseñar divirtiendo. El autor quiere que el lector se interese en la geografía, la hidrografía, las costumbres orientales, la valoración del Oriente, el elogio de las virtudes y la justicia; asimismo, el estilo de la narración demuestra que *Los infortunios de Alonso Ramírez* pertenecen a una Ilustración temprana.

El último tercio del siglo XVIII novohispano se puede caracterizar, en cambio, como un periodo de fortalecimiento del interés por la ciencia, así como por los fundamentos críticos ante las condiciones sociales dominantes. El naciente fermento en las colonias, en gran medida, fue producto de factores externos que se manifestaban en las nuevas ideas surgidas en Francia, Inglaterra, o Estados Unidos, la política inglesa de desacreditación del imperio español y sus colonias; también en el indianismo prerromántico, tan de moda en esos tiempos, o en las relaciones de viajeros. Sin duda, los elementos de la cultura importada desempeñaron un papel considerable, en tanto que se fueron acoplando con éxito, y poco a poco fueron influyendo en la atmósfera social imperante. No obstante, esta actitud crítica no es tan sólo el resultado de los viajes por Europa de los criollos ricos ni del contrabando de libros prohibidos a la colonia. Hay que tener en cuenta la influencia del reformismo borbónico. Los viajes de exploración científica, el conocimiento de los recursos naturales, el desarrollo de la minería fueron parejos con la creación del Colegio de Minería de México, la Academia de San Carlos, etc. También se crearon las condiciones para la formación de una élite intelectual y tecnócrata que mucho influyó no sólo en el conocimiento del país, sino también en obras ahora clásicas, como es el trabajo de Alejandro von Humbolt, cuyos fuentes constituyen precisamente los trabajos elaborados en aquel periodo.

El gran revuelco cultural, provocado por las reformas borbónicas se expresó en disputas y en publicaciones. Éste fue un tiempo de lecturas que se analizaron, de manera escrupulosa, en diversas asociaciones, clubes y escuelas de altos estudios. Se proclamó el lema de la reforma educativa. Sacerdotes y laicos activistas aspiraron a desarrollar la educación básica, la cual abarcaba, sobre todo, a los indios, a quienes se quiso hispanizar, es decir, civilizar (Brading 1991).

Se conoce también la indiscutible influencia que los jesuitas ejercieron en la construcción de la identidad nacional. Se habla también del humanismo ilustrado propagado en las escuelas por ellos dirigidas. Los jesuitas pusieron los fundamentos de la escuela básica y superior, así como de la ciencia mexicana. No sólo tuvieron influencia en la intelectualidad criolla, aunque hasta la mitad del siglo XVIII la orden fue la mayor organización cultural y una de las más poderosas e influyentes instituciones económicas y políticas en todas las colonias españolas en América. En los colegios de la Compañía de Jesús enseñaron célebres monjes extranjeros. Como subraya Mariano Picón Salas (1975: 177-194), la presencia de muchos húngaros, polacos y alemanes llevó a la actividad de la Compañía nuevas corrientes culturales, tan diferenciadas del tradicionalismo hispano. Fueron estas personas las que enseñaron y realizaron investigaciones científicas no sólo en México, sino en toda Hispanoamérica. Una importante participación en el conocimiento de la geografía, los recursos naturales y la naturaleza americana, la tuvieron los jesuitas. Podemos aquí mencionar a personalidades tales como el padre José Gumilla, autor pionero de una monografía sobre la región de Guyana *El Orinoco ilustrado*, o el padre Vicente Maldonado y su *Carta del territorio ecuatoriano*, así como Juan Ignacio Molina y su *Ensayo sobre la historia natural de Chile*. Este trabajo, publicado ya después de la emigración del autor de América, fue el primer modelo que propició la posterior obra decimonónica sobre el tema chileno de Ignacio Domeyko en historia natural. El libro de Molina mostró al lector europeo el fascinante mundo de la naturaleza americana.

En México, el mayor influjo sobre la intelectualidad criolla la ejercieron dos centros: el seminario de San Ildefonso en la Ciudad de México y, el segundo, en Tepotzotlán. A este último, llegaron alumnos de toda América atraídos por la fama que la escuela tenía gracias al alto nivel de enseñanza de filosofía, historia, lenguas y ciencias naturales. Importante era la enseñanza del griego y el latín para el estudio directo de los clásicos, lo que permitía entender mejor el presente e “iluminar” el pensamiento en torno al futuro. En estos seminarios se crearon los fundamentos de la ciencia mexicana, la cual fue elogiada a principios del siglo XIX por el investigador Alejandro de Humboldt². En las escuelas jesuitas se propuso el estudio de la filosofía ilustrada con la lectura de las obras de pensadores franceses e ingleses.

Al indudable poder intelectual que los jesuitas desplegaron en el siglo XVIII hay que añadir su fuerza económica e influencia social. La riqueza de la Compañía incluía amplias posesiones latifundistas en Chile, Río de la Plata, bienes inmuebles en Perú y en México, comunidades, en las cuales fue célebre el intento de crear la utopía en la organización social, en Paraguay, plantaciones en Perú y los alrededores de Quito, incluso minas en Choco en la Nueva Granada. Los Jesuitas dirigieron misiones y colegios, lo que, aunado a los ingresos del patrimonio poseído, provocó una influencia dominante en la vida cotidiana de las colonias. Para dar un ejemplo: en los lugares típicos hispanoamericanos,

² Humboldt alabó el alto nivel mostrado por los científicos de la Escuela de Minería, tales como Andrés del Río, descubridor del vanadio y traductor de la obra de Lavoisier. En 1802 Humboldt afirmó: “en ningún sitio del Nuevo Mundo, sin excluir a los Estados Unidos, existe una institución científica, tan grande y sólida, como ésta en la capital mexicana”. Añadió, además, que en ciencias exactas los científicos mexicanos estaban más avanzados en sus trabajos que sus pares en España.

la escuela y el convento jesuita no sólo eran fuente de conocimiento, sino una potencia económica y el lugar en el cual se decidían las cuestiones políticas de las sociedades locales. Los años de presencia en un terreno dado hacían que los miembros de la Compañía se sintieran fuertemente ligados a su población y muchos de ellos veían con buenos ojos la idea de separarse de España (Picon Salas 1975: 225). Sobre tales posibilidades se discutía en secreto, con diversa intensidad, durante todo el siglo XVIII. Así, cada vez se sentía más que los intereses de la Compañía de Jesús protegían los de los criollos y los de la pequeña y media burguesía, cuyos establecimientos no podían desarrollarse por la inmoderada presión de la centralización administrativa de España. Los jesuitas primero fueron deportados de los territorios portugueses (1759), después, de Francia (1762) y, luego, de la monarquía española (1767). Finalmente, por decreto del papa Clemente XIV, la orden fue ilegalizada (1773)³.

Con el acceso de los Borbones al poder en 1715, el gobierno centralizado no estaba en posición de aceptar la potencia que la orden jesuita había creado, llegando a hacer más frecuentes los conflictos entre ambos poderes. Este pleito terminó en 1767 con el real decreto de Carlos III de expulsión de los jesuitas de todo el ámbito de la monarquía española. En la orden, que fue divulgada en la capital de Nueva España el 26 de junio de 1767, el virrey, el Marqués de Croix (1766-1771), informaba a los súbditos de la disposición real, amenazando con la pena de muerte a todo aquel que no acatara tal real decreto “siempre respetable decisión de Su Majestad”. Se recordaba que los súbditos de Su Real Majestad nacieron para “callar y obedecer, y no discutir ni opinar sobre las importantes decisiones de gobierno” (Fuentes 1992: 250). Se cumplió el real decreto y los jesuitas fueron despojados de sus colegios, iglesias, monasterios, y bienes materiales, después de lo cual se asilaron en Italia. Como señala Alfonso Reyes, “la sociedad americana fue desposeída de sus protectores espirituales” (1948: 121). Al abandonar sus escuelas americanas se produjo un vacío, que por fuerza trató de llenar el gobierno español con la ayuda de otras órdenes, como los franciscanos, dominicos y personas civiles. Este fue, sin duda, un momento de crisis educativa, que interrumpió el monopolio intelectual ejercido por una orden religiosa. Su lugar lo ocuparon, ahí donde esto fue posible, personas ilustradas –enciclopedistas, racionalistas, y criollos educados. En las construcciones escolares abandonadas por los jesuitas, se instalaron nuevas instituciones científicas como la Escuela de Cirugía (1768), la Academia de Artes de San Carlos (1784), el Real Estudio Botánico (1788) y la Escuela de Minería (1792). La política de contratación del gobierno español destinó los mejores puestos a los peninsulares, lo que provocó la célebre protesta con la *Representación* (1777) de los intelectuales y científicos mexicanos de la Universidad ante Carlos III sobre la falta de pertinencia de esta política.

³ Además de las implicaciones políticas y económicas de todos conocidas, la orden jesuita tenía, según Bolívar Echeverría, otra característica, a saber, su muy original idea del libre albedrío humano por encima, o al menos, al parejo, de la supremacía de Dios. Esta actitud individualista se conformaba, según este autor, como una alternativa a la idea de modernidad postulada por el conjunto de la Reforma Protestante, en donde la idea de Dios constituía un imperativo que rebasaba el libre albedrío. En torno a esta concepción se irán desarrollando las identidades hispanoamericanas, imbuidas de un ethos barroco, muy característico y evidente en muchos pueblos actuales de Iberoamérica y la Península Ibérica (Echeverría 2006).

Estos medios, tan radicales y violentos, adoptados por el gobierno español contra los jesuitas ahondaron aún más el sentimiento de frustración y coraje que los criollos y mestizos sentían, viendo los privilegios de los que gozaban los peninsulares. Los jesuitas expulsados, ligados física y espiritualmente a sus antiguas patrias, resintieron la nostalgia ante la potencia perdida y su desencanto ante la monarquía hispana con motivo de, en su opinión, tan injusto veredicto. En Italia, ya sin ilusiones, recordaban y escribían, surgiendo así una muy amplia y rica literatura de gran valor intelectual, con un carácter reformista, lo que recordaba el trabajo de los enciclopedistas⁴. Estas obras, escritas en italiano o latín, constituyen la síntesis de un nuevo humanismo, siendo traducidas a diferentes lenguas europeas.

En el caso de los jesuitas originarios de la Nueva España hay un mayor deseo de glorificar a la patria abandonada. Ellos son los primeros en advertir lo que los hace diversos de los españoles, se consideran diferentes, ni indios ni hispanos, pertenecientes al imperio que los ha castigado y ofendido; se sienten, simplemente, mexicanos. En la Europa ilustrada no existía un amplio conocimiento sobre América, así pues, ellos, con gran orgullo, se dedicaron a presentar la riqueza de la tierra en la que nacieron.

Aun antes de su exilio, muchos jesuitas estudiaron las lenguas y culturas indígenas. Intentaron explicar a los europeos temas tan espinosos como fueron los sacrificios humanos y hacerlos entender que no había existido nación que no hubiese tenido en su historia tales prácticas. Afirmaban que los primeros misioneros y conquistadores demostraron un excesivo rigor en el combate de las culturas nativas y, por ello, destruyeron muchos elementos valiosos del periodo inmediato anterior al proceso de conquista. Condenaron la esclavitud, tanto del indio como de los negros, afirmando que esto era contrario al derecho divino y humano. Aceptaron la teoría de Descartes, Galileo y Bacon, afirmando que el filósofo es un ciudadano del mundo. Debido al vergonzoso exilio, se sintieron en la obligación de describir, honrar y acercar al lector a su lejana patria, de la cual tenían cada vez una mayor nostalgia. Es éste el principal tópico de sus obras, mostrando al mismo tiempo que la riqueza natural de América fue despreciada por la mala administración.

El grupo jesuita mexicano destaca gracias a su talento científico y literario. Las obras de personas como Francisco Xavier Clavijero (1731-1781), *Historia Antigua de México*; Francisco Xavier Alegre (1729-1788), *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España*; Andrés Cavo (1739-1802), *Los tres siglos de México*; o la de Andrés de Guevara y Bascozabal (1748-1801), *Instituciones elementales de filosofía*, muestran problemas y una sensibilidad no conocidos aún en la literatura. Estos jesuitas, como va dicho, se sienten mexicanos y no súbditos de la Corona Española, y no sólo por el hecho de haber sido ofendidos y echados de su patria, sino porque en ellos crece el cada vez mayor convencimiento de que en Europa, que tan poco conoce sobre el continente americano, se debe de dar a conocer la hermosura y riqueza de sus lugares de origen. En los trabajos de Clavijero, Landívar o Covo, claramente se puede observar la búsqueda y afirmación de un espíritu que concuerda con el pensamiento nacional de las generaciones poste-

⁴ Aunque no despojada de su pensamiento religioso.

riores⁵. Ellos quisieron alcanzar un mayor conocimiento sobre sus lejanos países y presentarlos a través de sus riquezas espirituales y materiales.

A eso, se suma otro efecto de la expulsión de los jesuitas, es decir, su rechazo al absolutismo de los reyes de España, expresado de manera abierta. Los jesuitas también empezaron a perder el respeto a la autoridad papal y a mostrar, en sus trabajos, la tesis de la soberanía política y la negación del origen divino de la autoridad real. Ante todo, justificaron la posibilidad de la independencia de la América española de su metrópoli. Los trabajos de los jesuitas publicados en esos años en Italia cumplieron la función de resistir a la ola de panfletos que criticaban a los jesuitas después de su expulsión. Éstos, indignados, rechazaron las invectivas y críticas, sintiéndose doblemente atacados tanto como americanos, como sacerdotes. En sus obras, recordaron los méritos de la Compañía y valoraron el buen nombre de las celebridades de la orden. Los libros jesuitas no sólo estaban dedicados a la defensa de sus patrias, sino que desde una perspectiva geográfica y naturalista se convirtieron en algo así como el primer manifiesto de la “americanidad” y el naciente orgullo criollo, el descubrimiento de los valores específicos del nuevo continente y sus habitantes, así como la cultura por ellos creada. Aunque desde el exilio no pudieron ejercer una influencia directa en los habitantes del Nuevo Mundo, es de notar que, ya en el último tercio del siglo XVIII, las ideas de los jesuitas expulsados marcaron pautas que iban a seguir los ilustrados criollos, así que de cierta manera abrieron una nueva etapa en la conciencia de la gente del continente americano⁶.

A continuación, pasamos a una breve presentación de las ideas algunas de las figuras más destacadas entre los jesuitas que expulsados de América. Francisco Xavier Clavijero se dedicó al estudio de la historia de los pueblos existentes hasta el periodo de la conquista. La *Historia Antigua de México* la escribió en italiano estando en el exilio. Fue traducida a varias lenguas europeas. En ésta, su más importante obra, presenta los resultados de muchos años de estudios sobre las civilizaciones indígenas. El texto constituye una respuesta a los ataques que, contra América, habían aparecido en Europa. Clavijero destaca también los errores cometidos por la mala administración española. En sus réplicas se apoya en su amplio conocimiento de la historia, costumbres, carácter y capacidades de los indios. Trata de corregir los errores interpretativos cometidos durante siglos por los europeos en su manera de ver las culturas prehispánicas. En particular,

⁵ Batllori califica este patriotismo de “regionalismo prenatal”, el mismo que refleja el ambiente imperante en América (Batllori 1966: 83).

⁶ En el presente estudio, nos centramos en los jesuitas mexicanos. No obstante, habría que destacar también al peruano Juan Pablo Viscardo (1747-1798), quien en su exilio se dedicó a ampliar la idea independentista, siendo considerado como uno de los precursores de la independencia americana. Es autor de las *Cartas a los españoles americanos* (1799). Presenta ahí de manera clara las causas del descontento y rebeldía criolla, recuerda sobre la discriminación en los puestos administrativos, el abuso y la arrogancia de los peninsulares, el mal trato a indios y mestizos, a fin de cuentas paisanos, y la expropiación sin escrúpulos ni justicia a los nativos de esas tierras. Viscardo ve como única salida el camino hecho por las colonias inglesas. A la vez, afirma que América debe de ser un asilo para todos aquellos oprimidos y hambrientos, quienes pueden ser libres bajo las leyes de gobiernos razonables. La influencia de esta *Carta* fue enorme, entre otros, sobre el venezolano Francisco de Miranda.

critica la duda sobre la racionalidad de los indios, prevaleciente a principios del proceso de conquista. Clavijero afirma:

Sus almas son radicalmente y en todo semejantes a las de los otros hijos de Adán y dotadas de las mismas facultades; y nunca los europeos emplearon más desacertadamente su razón, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. El estado de cultura en que los españoles hallaron a los mexicanos excede, en gran manera, al de los mismos españoles cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos... (apud Millán 1972: 105)

Clavijero se pronuncia contra la esclavitud y está a favor del mestizaje, es decir, la integración, cuando dice: “No hay duda de que hubiera sido más sabia la política de los españoles, si en vez de conducir a México mujeres de Europa y esclavos de África, se hubiesen empeñado en formar de ellos mismos y de los mexicanos una sola nación, por medio de enlaces matrimoniales” (apud Millán 1972: 105).

Entre los poetas reconocidos cabe mencionar al jesuita mexicano-guatemalteco Rafael Landívar. Hasta 1767 enseñó en el afamado colegio de Tepozotlán (México). En Italia publicó en hexámetros latinos el gran poema *Rusticatio Mexicana* (1782), compuesto por 15 canciones y 5413 versos. En la *Rusticatio* encontramos un rico panorama de la naturaleza y la vida aldeana mexicana. El poeta describe los rasgos característicos de la naturaleza del Nuevo Mundo. Su flora, su fauna, sus campos y montañas, lagos y cascadas. Los hábitos descritos, trabajos y diversiones, podemos adscribirlos a la poesía didáctica. En todo el poema sentimos una profunda simpatía y comprensión hacia la cultura indígena. Asimismo, advertimos la idealización de la vida rural americana. Llama la atención el hecho de que el poeta vive todo el tiempo en aquel mundo y recuerda los sorprendentes colores y luces, nombres y lugares. El canto de los pájaros, el movimiento de las chinampas indígenas en el lago de Xochimilco, las peleas de gallos, las escenas típicas, cuyos momentos nos recuerdan a las escenas de las novelas costumbristas, así como el encanto de esos lugares, que se han perdido para siempre. El mundo que describe es el de una persona que ha echado raíces en esas tierras.

A finales del siglo XVIII, tuvo lugar una polémica, ríspida y de gran alcance, sobre las supuestamente inadecuadas y poco proclives condiciones físicas, biológicas y antropológicas dominantes en el Nuevo Mundo. Según la opinión de Federico Álvarez Arregui, tales discusiones no tuvieron un carácter puramente científico, en tanto que el interés real era el que mostraban las grandes potencias europeas, deseosas de ocupar el lugar de España y poder aprovecharse de las riquezas naturales que ofrecían dichas colonias. La fuente de tales discusiones fueron los libros de autores tales como De Pauuw, Buffon, Raynal y Robertson (1994: 37). El debate, que se prolongó hasta principios del siglo XIX, comenzó con el libro del clérigo holandés Cornelio de Pauuw (1739-1799), *Recherches philosophiques sur les américains* (1768), típico representante de la Ilustración, radical enemigo de los jesuitas, pero también contrario a las políticas de colonización de las potencias europeas, principalmente España. Sus muy críticas opiniones se apoyaron en las crónicas españolas y en la obra de George Louis Leclerc du Buffon. En estos trabajos intentó encontrar sus mejores argumentos contra América y sus habitantes,

así como contra la política de colonización llevada a cabo por España. Ni de Pauuw ni Buffon estuvieron nunca en el continente americano. Según Buffon, América, en tanto que joven continente, era excepcionalmente húmeda, llena de pantanos insalubres y peligrosos insectos, serpientes y otros bichos degenerados y en consecuencia, los habitantes de América eran débiles ante tales inconvenientes.

Dos años más tarde de la obra de de Pauuw, aparece otro libro del también clérigo Guillaume Thomas François Raynal (1713-1796), *Histoire philosophique et politique des établissements et de commerce des Européens dans les deux Indes*. Este libro fue considerado como el más “subversivo” del siglo XVIII, en tanto que su autor condena el colonialismo y la esclavitud y, de manera abierta, convoca a la rebelión contra toda potencia colonial, afiliándose al lado de los criollos, aunque no cree en la existencia de grandes civilizaciones como la azteca o la incaica que, en su opinión, no fueron sino una graciosa fantasía. Al igual que los autores anteriores, repite las impugnaciones antiamericanas sobre la anormal y caótica geografía, el clima insalubre, la fauna degenerada, así como la pereza heredada de la población indígena (Álvarez Arregui 1994: 40).

El interés por la América española no declina, al contrario, crece, con la publicación de *The History of America* del pastor presbiteriano escocés William Robertson (1721-1792), un ejemplo de pensador ilustrado y racionalista. Aparentemente, su obra está escrita con cierto distanciamiento y objetividad. No obstante, su descripción de las condiciones climáticas y antropológicas se apoya en los trabajos de Buffon y de Pauuw. Brinda, pues, la misma información sobre el clima insano y la fauna degenerada. Subraya, también, la crueldad de los primeros colonizadores españoles ante los indios. Describe las instituciones y costumbres de los antiguos mexicanos y peruanos, afirmando que, con todo, se quedaron estancados en la etapa de la “infancia de la vida civilizada” (Álvarez Arregui 1994: 42).

Estas publicaciones sobre América provocaron una viva discusión. Las opiniones se dividieron, tanto entre quienes estaban a favor, como los que adoptaban actitudes contrarias a las tesis anti-americanas. Los debates duraron muchos años, aunque con el tiempo empezó a predominar una opción más razonable: América no era no un paraíso ni tampoco un continente maldito. La polémica sobre el Nuevo Mundo continuó medio siglo después de haber aparecido el trabajo de de Pauuw⁷. Otro sacerdote mexicano destacado, perteneciente a la orden de los padres dominicos, fray Servando Teresa de Mier (1765-1827) criticó las tonterías de ese autor así como las de Robertson y Raynal. Antes de acercarnos a la obra servandina, conviene reflexionar sobre otro aspecto tocante a cierta visión occidental en torno a los pueblos indígenas de América, esto es, su supuesto origen hebreo y su temprana cristianización.

⁷ Por otra parte, la polémica sobre el Nuevo Mundo se extendió muchos más allá de los triunfos patriotas de Ayacucho y Junín. Ni aun la monumental obra de Alejandro de Humboldt puso fin a esos debates. A finales del siglo XIX, la discusión giró en torno a factores raciales. El determinismo geográfico de Buckle y Taine destacó la influencia medioambiental en la conformación del carácter nacional. Las teorías racistas de Gobineau y Desmoulins subrayaron la supremacía de la raza germana. Bajo la influencia de estas teorías, muchos intelectuales latinoamericanos empezaron a atribuir el atraso económico y cultural de sus países a la existencia de razas inferiores, es el caso del argentino Carlos Bunge (1875-1918) o el mexicano Francisco Bulnes (1847-1924).

En cuanto al origen hebreo de los indios de América, es una tesis que surge entre la mayoría de los cronistas y monjes del siglo XVI, quienes aseguraban la descendencia judía con base en ciertos indicios y sonidos, en tanto que las lenguas originarias evocaban las lenguas de Asia Menor. Por otra parte, se afirmaba que había tribus perdidas de Israel, que muy bien pudieron haber llegado a América. Los indios, vistos como parte del linaje de Abraham, se clasificaban dentro de la categoría de “hijos elegidos de Dios” y, por tanto, no podían ser objeto de esclavitud ni explotación económica, ni mucho menos, de discriminación racial ni social.

En cuanto a la introducción del cristianismo en tiempos antiguos, tal tesis fue sostenida por el jesuita portugués Antonio Vieira como resultado de su experiencia evangelizadora en Brasil. Para este fraile, el cristianismo fue introducido en América por el apóstol Tomás –identificado en Mesoamérica con la figura de Quetzalcoatl y en los Andes con la de Viracocha–, pero por el aislamiento del continente fue con el tiempo olvidado. Las evidencias arqueológicas apuntan a la existencia de cruces (más bien idealización de árboles), así como a la creencia de una fuerza superior (en este caso dual), única creadora del mundo y de la vida. Uno de los portavoces de esta tesis fue el ya citado Carlos de Sigüenza y Góngora, no obstante, el impacto político más fuerte lo tuvo el sermón pronunciado por fray Servando Teresa de Mier el 12 de diciembre de 1794, que le costó a este clérigo su expulsión, en calidad de prisionero, a España.

¿Por qué la misma tesis no tuvo un impacto parecido en 1684 cuando fue lanzada por Sigüenza y Góngora? Una posible respuesta podemos encontrarla contrastando las circunstancias: Sigüenza y Góngora publica en plena madurez del barroco, en tanto expresión cultural, tanto de la Nueva España como de la Europa católica, mientras que el sermón de 1794 se expone durante el auge de las reformas borbónicas que hacen tabla rasa del ethos barroco, sobre todo después de la expulsión de la orden jesuita en 1767. A esto hay que añadir el paulatino auge de la idea, si no nacionalista, al menos portadora, de la emancipación de México con respecto a la metrópoli que, todas formas, no pudo ser aceptada por las autoridades.

En todo caso, fray Servando Teresa de Mier intentó convencer de que la introducción temprana del cristianismo en América tampoco negaba el mérito de la obra cultural que España tuvo en el despertar de la conciencia cristiana ahí en donde había quedado supuestamente olvidada. Lo anterior respondía a la cuestión del patriotismo cultural criollo pero no necesariamente hacia la idea de una ideología nacionalista propiamente dicha. Una indudable contribución en este proceso lo tuvo la literatura, inicialmente política en el caso de Teresa de Mier y, más tarde, en lo que constituyó la primera novela propiamente mexicana en el contexto de la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi.

Fray Servando Teresa de Mier, criollo novohispano, fue verdaderamente una figura novelesca. Como consecuencia del arriba mencionado sermón, fue enviado preso a España, no tardando en escapar y empezar una vida errante por ese país, Portugal, Francia, Inglaterra, Italia y los Estados Unidos. Después de veinte años de una vida llena de peripecias, regresó a México. Participó activamente en la vida política del México independiente, se opuso al imperio de Iturbide, siendo a la vez miembro de la Primera Junta Constituyente (1823). Se dice que al morir fue embalsamado y que muchos años después

su momia fue adquirida por un empresario de circo, quien la expuso por los países europeos como un ejemplo de víctima de la Inquisición.

En todo caso, esta vida legendaria dejó una vasta obra que, en los últimos años, ha sido bastante estudiada, no sólo por la crítica a la sociedad peninsular hispana, sino también por sus alegatos a favor de la independencia mexicana. Los escritos de Teresa de Mier son, sobre todo, un vivo reflejo de sus tiempos; sus observaciones son muy interesantes y agudas tanto en lo que se refiere a Europa como a los Estados Unidos y Cuba. Del último periodo de su vida procede su obra más significativa, *Profecía del Doctor Mier sobre la Federación Mexicana* (1823), en la cual se muestra partidario del sistema centralista y, consecuentemente, en contra del federalismo de los liberales más radicales. Se pronuncia por un sistema en el cual se tome en cuenta el pasado y con visiones de futuro claras, a fin de fortalecer el porvenir republicano de su país. Más que un estilo literario, se observa en él una gran madurez en la formulación de sus juicios, una profundidad de pensamiento y sensibilidad patriótica, en tanto que fue un personaje que dedicó su vida a la independencia de su país. Vive en la memoria de los mexicanos como uno de los grandes héroes y patriotas de la historia nacional.

Existe un acuerdo generalizado entre los críticos mexicanos contemporáneos en considerar a José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) como el iniciador de la literatura mexicana⁸. Esto no se debe sólo al hecho de que intentó poner en práctica varios géneros literarios y temas novedosos en relación a la caída del dominio español, sino, sobre todo, porque su creación estuvo fuertemente relacionada con la realidad social, siendo su fiel reflejo e intento de influir en ella para cambiarla. En su obra se pone de manifiesto el atraso y la terrible injusticia existente en el virreinato. Según Agustín Yáñez, la “Historia de nuestra literatura debe dividirse en dos periodos: antes y después de José Joaquín Fernández de Lizardi, cuya obra justifica y condiciona la existencia de la literatura mexicana” (1940: 11).

A pesar de que a veces parezca ser una banalidad en la crítica literaria, los hechos confirman una cuestión fundamental, la modernidad consciente aparece en toda la obra de este autor. En sus artículos, novelas, crónicas costumbristas, se muestran personalidades coloridas, suavemente caracterizadas en escenas concretas e intrigas, o sea, todo lo que se vivía en este periodo de transición. Su mirada se detiene en los defectos y absurdos fortalecidos por las costumbres, así como en las arbitrariedades permitidas por el gobierno. José Joaquín Fernández de Lizardi afirma que sólo el amor a la patria es la causa de la crítica al orden imperante (1940: 375). Los tiempos están colmados de caos y violencia en todo lo largo y ancho del Imperio, lo que exige cambios que sanearían la situación, llevando a las luchas por la independencia. El autor introduce una narrativa que constituye una crítica al sistema y una propuesta político-administrativa para la Nueva España. La novela y la obra periodística constituyen la base de la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi. El primer periódico que empezó a editar en los años 1812-1814 tenía por título *El pensador mexicano*, el cual, con el tiempo, se convirtió en el seudónimo literario que Lizardi utilizó hasta el final de su vida. A excepción de cuatro novelas, es su

⁸ Entre otros, Efrén Domínguez, Sergio Pitol, Raimundo Lazo, José Joaquín Blanco.

creación periodística y los cerca de doscientos folletos, lo que se puede considerar como su actividad pública: ruidosa, divulgadora, humorística, con un muy claro objeto educativo.

Obligado a protegerse de su sátira no conformista, se dedicó a la narración plenamente literaria, a fin de poder expresar sus ideas. En 1816, aparece *El Periquillo Sarniento*, novela de estilo picaresco. Raimundo Lazo afirma que, desde el punto de vista social y literario, ésta es una obra revolucionaria, ya que por vez primera el pueblo, la gente, se presenta como personaje literario, sirviendo de objetivo moralizante y satírico, en donde el autor rompe con las normas retóricas en aquel tiempo establecidas (1974: 59).

La principal virtud de esta novela es la de presentar un amplio panorama representativo de la población mexicana, hasta ese momento ignorada y desconocida. El héroe principal, Periquillo, contando su vida, tiene dos objetivos: divertir y moralizar. Su vida es una serie de aventuras entremezcladas entre ellas: la niñez, la escuela, la vida familiar, su experiencia delictiva, los servicios prestados a varios amos, juegos, la cárcel, opiniones, diferentes oficios, etc. Esto permite mostrar las clases sociales más bajas de la sociedad mexicana de aquel entonces; por el texto desfilan maestros, médicos, curas, barberos, comerciantes, así como representantes del mundo del hampa, gente condenada a una existencia miserable. Fernández de Lizardi, por fin, da la voz a los representantes del pueblo mexicano y, a la vez, elabora un interesante y valioso documento sobre los hábitos de aquella época.

Sergio Pitol, escritor y crítico contemporáneo, asegura que Fernández de Lizardi no fue un heroico patriota combatiente. Esta figura fue creada por los liberales del siglo XIX, imponiéndola a los lectores, para de esta forma hacer corresponder los ideales del escritor con los propios del nacionalismo. Según Pitol (2001), la heroicidad de Fernández de Lizardi consistió en algo totalmente diferente a la de aquellos que lucharon en las guerras de independencia, ya que mostró el agonizante sistema y sociedad virreinales, así como el corrupto poder central de la Nueva España en lo político, lo clerical y lo económico.

Sergio Pitol considera que *El Periquillo Sarniento* es la primera novela completa que apareció en la Nueva España, llamándola la “gran crónica negra” de los gobiernos coloniales en México, y a Fernández de Lizardi el “anticronista de las Indias” (2001: 53). No está en esta obra la satisfacción de Bernal Díaz del Castillo cuando relata el momento de la entrada a la gran Tenochtitlan, el centro más poblado de Mesoamérica. Lo que describe Fernández de Lizardi, es la capital de un imperio que se inclina al derrumbe, presenta un mundo decepcionado, corrupto, decrepito y represivo. *El Periquillo Sarniento*, en tanto la primera novela escrita y publicada por un mexicano fue, según la opinión de Sergio Pitol, un acto de valentía e incluso, de heroísmo.

Un mérito indudable del autor de *El Periquillo Sarniento*, fue la renovación de la lengua española. Independientemente de los gustos de los lectores de la época, a excepción de los primeros capítulos, por el deseo de enseñar y justificar sus tesis moralizadoras, lo que da la impresión de un texto canónico, con un estilo dogmático y seco, conforme se avanza en la lectura, el desarrollo de la acción adquiere dinamismo, saliendo del acento moralizante para entrar de lleno en el mundo de la aventura. Gracias, precisamente, a la novedad del lenguaje, afirma Pitol, se puede hablar del nacimiento de la literatura mexicana (Pitol 2001: 55).

Otros críticos, como Salomón (1965), han llamado la atención sobre el hecho de que Fernández de Lizardi, a su modo, le restó importancia a las reglas que imperaban en la sociedad colonial mexicana. El autor, en contraposición a los autores españoles que escribieron novela picaresca, cree que el ser humano es un ser razonador y enseñable, en donde la idea básica de Rousseau, de que el hombre es bueno por naturaleza y que sólo la sociedad hace que se convierta en malo, es la trama conductora de la novela. Salomón subraya que el mérito de Fernández de Lizardi es la definición histórica de las causas de los comportamientos “picarescos” de su principal personaje y de otros representantes de la sociedad mexicana. Haciendo una revisión de los diferentes medios y tipos, Lizardi nos da las causas históricas (en este caso, el sistema colonial de la Nueva España), que provocaron que se establecieran y caracterizaran tal y como fueron.

Fernández de Lizardi nos muestra los defectos más serios del sistema económico establecido por el poder colonial. Este sistema, basado en la minería del oro y de la plata, fue negativo tanto para la colonia como para la metrópoli, ya que no promovió otras ramas de la economía, ni de la industria, ni del comercio, ni de la agricultura. Fernández de Lizardi propuso la creación de una sociedad en la cual se contara con el trabajo de todos y que no diera lugar al oscurantismo de la mayoría de sus habitantes, en tanto que la fortuna de unos cuantos ricos se creaba gracias a la miseria de la mayoría. El Periquillo cree en la fuerza de la educación, la cual ha de preparar a México. La nobleza haragana, los abusos del clero y la corrupción generalizada, son algunos de los fenómenos de la administración colonial en los umbrales del siglo XIX.

Fernández de Lizardi propone un futuro, en el que la vida estuviera basada en principios estables y no en los riesgos cotidianos contrarios a la suerte, como tampoco en anhelar una vana celebridad. Propone un proyecto definido de organización del trabajo. El aspecto característico del libro aquí comentado, es que muestra una visión del futuro anhelado. El Periquillo vive en la miseria, vive al día, manteniéndose de ilusiones y de alabanzas, pero cuando empieza a planear su futuro, es cuando asegura su vida y su realización como ser humano.

La conciencia de nación estaba, pues, fundamentada en una historia y en una geografía (Clavijero) así como en una literatura (en principio Sigüenza, aunque no el único), pero su idiosincrasia no estaba del todo conformada, salvo por la oposición, la burla, la socarronería, e incluso las exageraciones que Teresa de Mier tiene hacia el supuesto carácter “español”.

El carácter mexicano giraría en torno a una categorización muy hispana en sus formas lógicas de manifestación. El mestizaje de esa nación surge, muy barroco y con sus rasgos originales manifiestos ya desde el siglo XVI, yuxtapuestos a lo indígena, lo africano, en fin, a una suerte de universalismo que es explicado en una lógica occidental, una especie de mestizaje hispano al cual los mismos pueblos que vivían en la España Ibérica no eran ajenos⁹. El nacionalismo criollo mexicano es producto de la dinámica impuesta en la conquista, que se dio en el siglo del Renacimiento, llevado a América en un plan

⁹ Al respecto, ironiza Teresa de Mier sobre la mezcla de pueblos en España, concretamente, sobre los negros dice: “Toda España está llena de grandes jetas, color oscuro y pasas por cabellos, que demuestran el origen: en Andalucía, Murcia y Extremadura se hace la misma distinción que en América de gente blanca y morena ¿No es chistoso que los mulatos sean ciudadanos en España siendo tan honrados como las uñas de los gitanos, y en América infames?” (1987: 113). Sobre el multiculturalismo nacionalista hispano, cf. Curylo-González 2009.

civilizador de creación de nuevos pueblos, bajo la influencia del neotomismo dominante en el pensamiento hispánico en la segunda mitad del siglo XVI (cf. Morse 1999).

A finales de la segunda década del siglo XIX, y ya una vez independizada la antigua Colonia, surge otra inquietud. Hay un Estado mexicano, ahora el reto es la creación de un tipo de ciudadano de ese Estado que se inserte en la dinámica de los nacionalismos modernos a lo largo del siglo XIX. Es en este punto en donde se puede considerar, que *El Periquillo Sarniento* en tanto la primera novela mexicana, puede tener el papel de diseccionar los elementos sociales que conformarán a ese ciudadano en sus rasgos “negativos” (producto de los siglos coloniales) y su presente para superarlo y entrar en una modernidad liberadora, como se supone en el mensaje educativo que la novela postula.

Otro aspecto que llama la atención en el inicio de la novelística propiamente mexicana (y, por extensión, en el de las futuras literaturas hispanoamericanas), lo constituye el rol que el libro y la palabra van a cumplir en la construcción (Gellner 1999) o invención (Anderson 2007) nacionales y nacionalistas. Es curioso como, un pueblo como el mexicano, en donde las grandes mayorías de su población no hablaba aún el español, fuese “el libro” y “la prensa” en donde se cristalizara ese proceso de conformación – construcción – invención nacional. El proceso de alfabetización se dio de forma demasiado lenta, pero el de adopción de una conciencia nacional será mucho más rápido. Ya fuera por la lectura en voz alta, o porque los personajes de *El Periquillo Sarniento*, hubieran sido identificables –y con los que los oyentes asimismo se identificaban, el hecho es que el mensaje de ésta y de otras futuras novelas escritas en el ámbito nacional (ya sin Guatemala, las repúblicas centroamericanas y las regiones del norte anexadas por los EEUU), a lo largo del siglo XIX, todas ellas de contenido sociológico, hayan ejercido ese papel de forjadora de una identidad nacionalista, al menos hasta la irrupción del positivismo y los nuevos influjos de un proceso de modernidad al que el país no se podía sustraer; tema este que, por desgracia, no podemos abordar en el arco temporal que estas páginas han sintetizado.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ ARREGUI, Frederico (1994) “El debate del nuevo mundo”. En: Ana Pizarro (ed.) *América Latina: Palabra, Literatura e Cultura*. Vol. 2. Sao Paulo, Unicamp: 36-66.
- ANDERSON, Benedict (2007) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, FCE.
- BATLLORI, Miguel (1966) *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. Españoles –Hispanoamericanos – Filipinos (1767-1814)*. Madrid, Gredos.
- BLANCO, José Joaquín (1992) *La literatura en la Nueva España*. México, Cal y Arena.
- BLANCO, José Joaquín (ed.) (1996) *El lector novohispano. Una antología de la literatura mexicana colonial*. México, Cal y Arena.
- BRADING, David A. (1993) *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla. 1492-1867*. México, FCE.
- CURYŁO-GONZÁLEZ, Irena (2009) “España y Polonia. Europeización, globalización y fracturas nacionales”. En: Grażyna Grudzińska, Karolina Kumor, Katarzyna Mosz-

- czyńska, Rubén Darío Torres Kumbrian (eds.) *Transición en retrospectiva. Los casos de Polonia y España*. Varsovia, Museo de Historia del Movimiento Popular Polaco – IEIeI (Universidad de Varsovia): 175-186.
- ECHEVERRIA, Bolívar (2006) “El barroquismo en América Latina”. En: *Vuelta de siglo*. México, Era: 155-173.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín. *El Pensador Mexicano*. México, UNAM-BEU.
- FUENTES, Carlos (1992) *El espejo enterrado*. México, FCE.
- GELLNER, Ernst (1999) *Nación y nacionalismo*. México, CONACULTA.
- GRUDZIŃSKA, Grażyna (1994) *(Re)escritura de la historia. La novela histórica hispanoamericana en el siglo XIX*. Varsovia, Universidad de Varsovia, Cátedra de Estudios Ibéricos.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1982) “El letrado colonial como inventor de mitos revolucionarios: Fray Servando Teresa de Mier a través de sus escritos autobiográficos”. En: *De Historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero*. México, Siglo Veintiuno: 113-143.
- JANIK, Dieter, ed. (1998) *La literatura en la formación de los Estados hispanoamericanos (1800-1860)*. Madrid, Iberoamericana.
- KOHUT, Karl y ROSE, Sonia V. (eds.) (2004) *La formación de la cultura virreinal. El siglo XVII*. Madrid – Frankfurt am Maim, Iberoamericana – Vervuert.
- (2007) *La formación de la cultura virreinal. El siglo XVIII*. Madrid – Frankfurt am Maim, Iberoamericana – Vervuert.
- LAZO, Raimundo (1974) *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol. 2. La Habana, Pueblo y Educación.
- LEONARD, Irving A. (1984) *Don Carlos de Sigüenza y Góngora (Un sabio mexicano del siglo XVII)*. México, FCE.
- MIER, Servando Teresa de (1987) *Cartas de un americano, 1811-1812*. México, SEP.
- MILLÁN, M^a. del Carmen (1972) *Literatura mexicana*. México, Esfinge.
- MORSE, Richard M. (1999) *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*. México, Siglo XXI.
- PACHECO, José Emilio (1983) “La Patria perdida. Notas sobre Clavijero y la «cultura nacional»”. En: José Emilio Pacheco, Nicole Giron (*et al.* eds.) *En torno a la cultura nacional*. Mexico, FCE: 11-50.
- ORTEGA AGUILAR, Bertín (2009) “Hambre de nación: el proyecto criollo en *El Periquillo Sarniento*”. *Texto Crítico*. 24: 93-112.
- PÉREZ BLANCO, Lucrecio (1982) “Novela ilustrada y desmitificación de America”. *Cuadernos Americanos*. 244: 176-195.
- PICÓN-SALAS, Mariano (1975) *De la Conquista a la Independencia*. México. FCE.
- PITOL, Sergio (2001) “Fernandez de Lizardi y la primera novela mexicana”. *Texto Crítico*. 9: 45-54.
- REYES, Alfonso (1948) *Letras de la Nueva España*. México, FCE.
- SALOMÓN, Noel (1965) “La crítica del sistema colonial de la Nueva España en *El Periquillo Sarniento*”. *Cuadernos Americanos*. 138: 167-179.
- SOMMER, Doris (2004) *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. México, FCE.
- YÁÑEZ, Agustín (1940) “Prólogo” En: José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*. México, UNAM.